EL PASADO QUE NO PASA

**LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
A LOS OCHENTA AÑOS DE
SU FINALIZACIÓN**

EDUARDO HIGUERAS

ÁNGEL LUIS LÓPEZ VILLAYERDE

SERGIO NIEVES CHAVES

(COORD.)

Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha

El pasado que no pasa: la Guerra Civil española a los ochenta años de su finalización

Eduardo Higuera Castañeda

Ángel Luis López Villaverde

Sergio Nieves Chaves

(Coordinadores)

Ediciones de la Universidad
de Castilla-La Mancha

Cuenca, 2020

EL PASADO QUE NO PASA: LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA A LOS OCHENTA AÑOS DE SU FINALIZACIÓN

La Guerra civil española (1939-1936), 80 años después, Albacete, 29 y 30 de octubre de 2018 / coordinado por, Eduardo Higuera Castañeda, Ángel Luis López Villaverde, Sergio Nieves Chaves.– Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2020

520 p. ; 29,7 cm.– (Jornadas y Congresos ; 26)

ISBN 978-84-9044-374-3

1. España – Historia 1936-1939 (Guerra civil) I. Higuera Castañeda, Eduardo, coord. II. López Villaverde, Ángel Luis. III. Nieves Chaves, Sergio IV. Universidad de Castilla-La Mancha, ed. V. Título VI. Serie 94(460)“1936/39”

NHD – 1DS3 – 3JK

© de los textos e ilustraciones: sus autores

© de la edición: Universidad de Castilla-La Mancha

Edita: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, CEDOBI, Seminario Permanente de Estudios Contemporáneos.

Colección JORNADAS Y CONGRESOS n.º 26

Revisores: Alba Nueda Lozano y Sergio Nieves Chaves.

Imagen de cubierta: Aviones nacionales derribados por los republicanos. Biblioteca Digital Hispánica. CC BY-NC-SA 4.0. Recuperado de <http://shorturl.at/lrvAT>

El procedimiento de selección de originales se ajusta a los criterios específicos del campo 10 de la CNEAI para los sexenios de investigación, en el que se indica que la admisión de los trabajos publicados en las actas de congresos deben responder a criterios de calidad equiparables a los exigidos para las revistas científicas y capítulos de libros.

El Seminario Permanente de Estudios Contemporáneos (SPEC) es un grupo de investigación emergente de la Universidad de Castilla-La Mancha. Esta edición ha contado con financiación de la UCLM a través de fondos FEDER de la Unión Europea.

El Centro de Estudios y Documentación de las Brigadas Internacionales (CEDOBI) es un centro mixto de investigación del Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel” (IEA) y de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Seminario Permanente
Estudios Contemporáneos

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

I.S.B.N.: 978-84-9044-374-3 (Edición impresa)

D.O.I.: http://doi.org/10.18239/jornadas_2020.26.00

Composición: Compobell

Hecho en España (U.E.) – Made in Spain (U.E.)

Esta obra se encuentra bajo una licencia internacional Creative Commons CC BY 4.0.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra no incluida en la licencia Creative Commons CC BY 4.0 solo puede ser realizada con la autorización expresa de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Puede Vd. acceder al texto completo de la licencia en este enlace: <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

Impreso en España (U.E.) – Printed in Spain (E.U.)

ÍNDICE

Presentación	11
<i>Ángel Luis López Villaverde, Eduardo Higuera Castañeda y Sergio Nieves Chaves</i>	
El frente de Granada: vida cotidiana y bombardeos aéreos y marítimos	15
<i>Francisco Jesús Martín Milán</i>	
Medios acorazados en la guerra civil española	29
<i>Juan Pastrana Piñero</i>	
Bombas que nunca mataron: el sabotaje pacífico durante la guerra civil española	43
<i>Alfonso López García</i>	
Propaganda, música y sabotaje en la guerra civil española: canciones patrióticas premiadas por la Junta Recaudatoria Civil de Zaragoza	57
<i>Marco Antonio de la Ossa Martínez</i>	
La lucha en la retaguardia. La Brigada Terry, Madrid 1936.....	81
<i>Robert Duró Fort</i>	
Burgos bajo sospecha: la investigación de los servicios secretos para desarticular un posible complot contra Franco durante la guerra civil	97
<i>Clara Sanz Hernando, Miguel A. Moreno Gallo y José María Chomón Serna</i>	
Una lenta e intensa agonía: el desgaste de la retaguardia republicana por el hambre a través del abastecimiento de Madrid en el último año de la guerra (1938-1939)...	113
<i>Ainhoa Campos Posada</i>	
La quinta columna en la retaguardia republicana de Cataluña	127
<i>Javier Rodríguez Abengózar</i>	
La CNT y la Comarcal de Quintanar de la Orden, ¿Anarquistas o fascistas?	143
<i>Vicente Torres Encinas</i>	
Octubre de 1934 en la represión de guerra y postguerra en Ciudad Real	155
<i>Juan Carlos Buitrago Oliver</i>	
Revolución, violencia, contrarrevolución: Almagro, 1936-1939*	169
<i>Ángel Luis López Villaverde</i>	
La justicia republicana durante la guerra civil: los tribunales Especial Popular y Especial de Guardia de Cuenca	189
<i>Sergio Nieves Chaves</i>	
La represión en grupo como búsqueda de la “ejemplaridad” y la coacción por la jus- ticia del miedo	207
<i>Esmeralda Muñoz Sánchez, María Sol Benito Santos</i>	

Cárceles españolas durante la guerra civil: la verdad intramuros.....	223
<i>María José Palazón Pagán</i>	
<i>Nuestra Lucha</i> (1936)	237
<i>Joaquín Navarro Caravaca</i>	
La contribución de las salmantinas a la financiación de la guerra civil: una nueva modalidad de participación femenina	247
<i>M.^a Luz de Prado Herrera</i>	
Milicianas, guerrilleras y mujeres de rojo: tres modalidades de lucha y resistencia frente a los sublevados. El ejemplo de León	263
<i>Beatriz García Prieto</i>	
Mujeres combatientes en el ejército popular de la República (1936-1939).....	277
<i>Sara Hernández Martín y Luis A. Ruiz Casero</i>	
De la documentación a la presentación del patrimonio de la guerra civil española: el caso del nido de ametralladoras de Alhama de Murcia (Murcia, España).....	293
<i>Víctor Manuel López-Mencheró Bendicho, Herbert D. G. Maschner, Francisco José Fernández Guirao, Jeffrey DuVernay, Miguel Ángel Hervás Herrera, James Bart McLeod, Aurelia Lureau y José Baños Serrano</i>	
Los fortines de los rojos. Búntkeres de la costa catalana: patrimonio inmueble de la guerra civil en riesgo	307
<i>Anna Soret Miravet</i>	
¡Sabotaje! Arquitectura militar y defensa de costas entre Murcia y Almería durante la guerra civil española.....	325
<i>Francisco José Fernández Guirao</i>	
“Vivir y morir en la trinchera”. Patrimonio, memoria y didáctica del frente de San Isidro (Puebla de Lillo, León).....	339
<i>Víctor Bejega García, Irene García Lino y Eduardo González Gómez de Agüero</i>	
Aprender investigando: la imagen de las mujeres republicanas en la prensa gráfica durante la guerra civil española (1936-1939).....	353
<i>Félix González Chicote</i>	
Enterrar a los muertos. Explicar las fosas comunes de la guerra civil a través de los clásicos de la literatura	375
<i>Alejandro Lillo</i>	
Reescribiendo Guadalajara. El tratamiento iconográfico de la guerra civil española en los primeros números de <i>El Legionario</i>	381
<i>Daniela Aronica</i>	
<i>Il tesoro degli anarchici</i> . El exilio italiano en España y la compra de armas para la República: algunos pícaros y un ministro, 1936-1937.....	397
<i>Antonio Calzado Aldaria y Bernat Martí i Pellicer</i>	
La sección francesa del <i>Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo</i> y la guerra civil española (1936-1939).....	407
<i>Rocío Negrete Peña</i>	
Brigadistas sanitarios en la guerra de España. De la solidaridad internacional a los campos nazis.....	423
<i>Esteban González López y Rosa Ríos Cortés</i>	

La dimensión internacional de la salida del Consejo Nacional de Defensa, marzo de 1939.....	435
<i>Eladi Mainar Cabanes, Robert Llopis i Sendra</i>	
La evolución ideológica de los militares: al golpismo o la defensa de la II República. Los ejemplos del general Fanjul y el teniente coronel Fernández Navarro	445
<i>Herminio Lebrero Izquierdo</i>	
Poder y resistencia después de la guerra civil española: el caso de Teresa/Florencio Pla Messeger	461
<i>Lisette Rolón Collazo</i>	
Aproximación al estudio de la represión política de posguerra, a través del fondo de la cárcel provincial de Cuenca (1939-1945).....	477
<i>María Isabel Jiménez Barroso</i>	

Mujeres combatientes en el ejército popular de la República (1936-1939)

Sara Hernández Martín y Luis A. Ruiz Casero

Universidad Complutense de Madrid

http://doi.org/10.18239/jornadas_2020.26.18

INTRODUCCIÓN

29 de octubre, 1936. Afueras de Seseña (Toledo). Es la primera intervención de una Brigada Mixta, unidad básica del nuevo Ejército Popular. En el asalto destaca Esperanza, “la mejor en el combate, la más incansable”, según sus superiores.

25 de julio de 1938. Gandesa (Tarragona). La capitana Luna, veterana de todas las grandes batallas de la guerra, se distingue nuevamente en combate en el Ebro. Según algunos testimonios, llegará a ser ascendida a comandante por su comportamiento en la lucha.

8 de marzo de 1939. Madrid. En pocas jornadas, el golpe del coronel Casado va a dilapidar lo que quedaba del Ejército Popular republicano. La comandante Otero combate a los casadistas allá donde los encuentra, logrando tomar varias calles hasta que es capturada. La guerra acabará menos de un mes después.

¿Mujeres combatientes en el Ejército Popular de la República? ¿Y desde su fundación hasta su mismo final? ¿Muchas con el rango de oficial o suboficial? Los historiadores del conflicto hablan de que la mujer fue vetada de la primera línea a partir del decreto de militarización de las milicias en octubre de 1936. Esto se ha dado por supuesto de manera acrítica. En los círculos donde hemos avanzado algún dato de nuestra investigación, ha causado siempre perplejidad. Incluso algunas voces autorizadas —cierto es que sin conocer los datos que aportamos— han negado la mayor: no puede haber mujeres en el frente tras la implantación del Ejército Popular. Esta humilde aproximación al tema viene a contradecir esos tópicos.

1. UNA INVESTIGACIÓN COMPLICADA

El fenómeno de la pervivencia de las mujeres en el frente tras la militarización de las milicias exige una investigación rigurosa que permita desterrar tópicos apoyándose en fuentes fiables. El presente artículo supone solamente una primera aproximación al asunto. Esta investigación preliminar ha presentado una serie considerable de dificultades. Muchos factores concurren en ellas. El primero es la tradicional marginación de los estudios de género. El papel de las mujeres en general durante la Guerra Civil española solo ha recibido atención en época reciente,

y ni aún ahora ocupa el papel relevante que merece en la historiografía¹. Si bien es cierto que las mujeres de la zona republicana han despertado más interés que las de la zona franquista, el número de estudios continúa siendo reducido. En numerosos casos estos estudios se han centrado en cuestiones ideológicas, culturales, sociales, etc. Los temas estrictamente bélicos o militares han ocupado un papel totalmente marginal. Los estudios más amplios han tratado la cuestión de las milicianas, pero habitualmente desde una óptica muy general. Las menciones al destino de las mismas tras la militarización suelen, en el mejor de los casos, repetir el tópico de la desaparición o tocan tangencialmente la pervivencia de mujeres concretas en el ejército, pero sin detenerse a analizar el fenómeno. Sea como fuere, han sido de especial interés para esta investigación varias obras, especialmente *Milicianas. Women In Combat In The Spanish Civil War*, de la australiana Lisa Lines, que, pese a la asimilación de algunos tópicos ya superados sobre la revolución y contrarrevolución en la zona republicana, analiza con agudeza la supuesta expulsión de la mujer de los frentes así como la permanencia de algunas de ellas.

Las mujeres soldado del ejército regular republicano han sido víctimas de una doble invisibilización: como mujeres y como combatientes del Ejército Popular en un contexto en el que la imagen que ha perdurado ha sido la de las milicias de los primeros días. Como sintetiza James Matthews: “La imagen de la movilización popular republicana en el momento inicial de la lucha ha perdurado hasta el día de hoy. De hecho, las milicias han sido mitificadas hasta el punto de eclipsar a otros protagonistas en la memoria popular del conflicto” (MATTHEWS, 2013: 47). Muchas veces, historiadores y comentaristas no disocian plenamente, por desconocimiento o desinterés, las milicias del Ejército Popular, lo que supone una dificultad adicional para nuestra tarea.

Estamos dando aún los primeros pasos en la investigación sobre fuentes primarias de archivo, que traen aparejadas sus propios obstáculos. El gobierno de la República y las autoridades militares mantuvieron el asunto bajo un manto de silencio, que nos ha privado de mucha información fidedigna al respecto. Salvo menciones específicas en informes o partes, que no abundan, la manera más evidente de trazar la presencia femenina en unidades de combate son los listados de personal. Sabemos que la documentación republicana en los archivos militares se ha conservado solamente de forma parcial. Por la naturaleza del final de la Guerra Civil y de las dinámicas de la represión franquista, muchos documentos que comprometían a los soldados señalándoles como pertenecientes a la organización militar republicana fueron destruidos cuando se vio que el final estaba cerca.

En lo que respecta a las unidades que quedaron en Cataluña tras el corte de la zona republicana en 1938, la mayoría fueron evacuadas a Francia el año siguiente al romperse los frentes. Las unidades se llevaron consigo la documentación que no destruyeron, lo que hace que la parquedad documental que observamos hoy en día sea aún mayor. Es el caso de formaciones como la 11ª División, unidad mítica del Ejército Popular, de la que sabemos que integró a unas cuantas mujeres en sus filas. Lamentablemente, el volumen de la documentación conservada en el Archivo Militar de Ávila producida por la 11ª es muy reducido, cuando pensamos que en origen debió ser abundante, como se puede presuponer de una unidad de élite que participó en todas las grandes batallas de la guerra.

Sobre el corpus documental que sí se ha conservado, sería necesaria una exhaustiva labor de criba, no exenta de complicaciones. Es de suponer que en abundantes casos las mujeres utilizaron seudónimos masculinos, dado que su presencia en las filas era desaprobada por muchos. Es un hecho que hemos documentado, como en el caso de la miliciana Mariluz Mejías: “Para hacer la trampa me registré como soldado con el nombre de Mario Mejías, en vez de María; conse-

1 Una buena síntesis bibliográfica sobre la mujer en la Guerra Civil en los últimos años en VIÑAS y BLANCO (2017).

guí que me siguieran pagando igual que a otro soldado hasta el último momento” (MEJÍAS, 2006: 91). La propia excepcionalidad de la presencia femenina entre miles de varones, podría causar confusión en el personal de retaguardia encargado de transcribir los listados, y podemos imaginar que los nombres se masculinizarían fruto también de esos errores.

Estamos llevando a cabo una labor de criba en las publicaciones periódicas en zona republicana entre octubre de 1936 y el final de la guerra que está aportando resultados sorprendentes. Contrariamente a lo que cabría esperar, la búsqueda en la prensa *de partido* no está siendo tan fructífera como las publicaciones más generales y, concretamente, las revistas ilustradas. Especialmente interesante ha sido el análisis de los números conservados del semanario *Estampa*. En los años de preguerra, la revista fue revolucionaria en cuanto al diseño, pero mantenía un discurso burgués, sutilmente conservador, alejado del ideario que empujaría a muchas mujeres al combate en 1936. Con el estallido de la guerra, sus talleres fueron socializados, y se convirtió en un órgano al servicio del Frente Popular. Su línea respecto a las mujeres combatientes nos resulta sorprendente, pues, a diferencia de lo que ocurriría con otras publicaciones avanzada la guerra (LINES, 2015: 102 y ss.), siempre las trata en un tono elogioso y digno. El discurso de sus artículos aparece teñido de igualitarismo y feminismo —unas veces pretendido, otras inconsciente— en mucha mayor medida que publicaciones emblemáticas como *Mujeres Libres*, al menos en lo tocante a las mujeres combatientes. Se llega a extremos de presentar a mujeres que han hecho carrera en el ejército en la URSS como modelos a imitar por las españolas.

A la invisibilización de las mujeres soldado contribuye la ausencia de fuentes memorialísticas publicadas. Con un par de excepciones —Elizaveta Parshina y, sobre todo, Mika Etchebéhère, cuyos casos trataremos más adelante—, las soldados del Ejército Popular fueron ágrafas². Conocemos sus casos a través de testimonios secundarios, que muchas veces reducen su protagonismo a una simple mención de su nombre. A veces, ni siquiera eso.

La historia oral hubiese podido paliar la carencia de datos, pero ya es tarde para eso. Apenas quedan supervivientes de la guerra en condiciones de recordar. En España nunca se acometió un esfuerzo amplio y sistemático para recoger la memoria oral de quienes vivieron esos días. Cuando algún estudio ha empleado las técnicas de la historia oral y las ha aplicado desde una perspectiva de género, apenas se ha tratado la cuestión de la participación activa de la mujer en el combate³. A riesgo de recordar lo evidente, hay que incidir en que a la lucha de estas mujeres siguió la derrota y, en muchos casos, la represión, el exilio o la muerte. Las largas décadas del régimen franquista impusieron el silencio o la burla sobre las mujeres combatientes, en un grado aún mayor que sobre sus compañeros varones.

La arqueología y el estudio de la materialidad también ponen de manifiesto sus carencias en cuanto al estudio de la guerra en clave de género. Un combatiente varón deja prácticamente las mismas trazas materiales en la lucha que una mujer. Hombres y mujeres en el frente vestían prácticamente igual, estaban equipados igual, su armamento era el mismo... Sin embargo, la aún novedosa arqueología de la Guerra Civil ha deparado alguna sorpresa⁴.

2 Paulina Abramson también escribió sobre su actividad de combate como guerrillera en la Guerra Civil, pero no de forma monográfica, sino incluyendo su experiencia en la Segunda Guerra Mundial y la de su hermana, por lo que la hemos excluido del cómputo (ABRAMSON y ABRAMSON, 1994).

3 Los escasos ejemplos han venido principalmente de historiadoras y periodistas extranjeras, como veremos.

4 En las excavaciones de 2012 en Abánades (Guadalajara), se encontró en las posiciones republicanas un frasco de perfume femenino Myrurgia (RUIBAL, 2016: 154). Se ha interpretado como el recuerdo de la novia de un combatiente, pero cabe una lejana posibilidad de que hubiese pertenecido a una mujer soldado, máxime cuando sabemos que Cipriano Mera toleró la presencia femenina en el frente de su IV Cuerpo de Ejército, que cubría la zona. En los fortines de Keturra (frente de Álava), los arqueólogos han descubierto la firma de alguien que se identifica como “Katalina” en el cemento fresco. Los fortines son tardíos, de primavera de 1937. ¿Testimonio de una mujer soldado en el Ejército de Euskadi? Pudiera tratarse de un apellido, pero tampoco se puede descartar la primera hipótesis (SANTAMARINA et al. 2018: 22-23).

La materialidad también se puede estudiar indirectamente, a través de la fotografía histórica. En este punto la prensa ilustrada histórica vuelve a ser fundamental. Uno de los rasgos más útiles a la hora de analizar las imágenes de época en busca de la pervivencia femenina en el Ejército Popular son las divisas que portan los combatientes. La militarización de las milicias trajo consigo un cambio en la uniformidad. Se implantó un nuevo sistema de divisas de mando, distinto de aquel que habían usado los milicianos, que habían asimilado el tradicional del ejército español de preguerra. Gracias a eso, podemos rastrear entre las fotografías donde aparecen mujeres en los frentes o en unidades de primera línea, corrigiendo pies de foto erróneos o aportando información cuando no existen datos; adscribiendo a las combatientes a las milicias o al ejército regular. No es una labor científica, por supuesto, y tiene algo de intuición. Pueden aparecer mujeres posando con ropas o emblemas que no las pertenecen; o bien la datación puede ser errónea. Pero esto no invalida la fotografía como fuente, pues todos los registros documentales son susceptibles a la malinterpretación o manipulación.

2. LAS MILICIANAS EN LA LUCHA

Como reacción contra el golpe de Estado del 17-18 de julio de 1936, miles de mujeres salieron a la calle. Muchas empuñaron las armas y se convirtieron en una imagen icónica de la España revolucionaria de los primeros días de la Guerra. Bellas jóvenes de generosas sonrisas que empuñaban enormes fusiles protagonizaron las portadas de medio mundo, como expresión simbólica de la resistencia popular contra el fascismo, y de la derrota de los golpistas en las grandes ciudades. Las razones de la movilización femenina en defensa de la II República hay que buscarlas en sus políticas reformistas, que dieron alas a las esperanzas de emancipación de las mujeres de mentalidad progresista. Desde 1931 las mujeres habían multiplicado su presencia en la vida política. El nuevo régimen había aprobado el derecho al voto femenino, había introducido el divorcio y las uniones civiles, había despenalizado los métodos anticonceptivos y la homosexualidad y, en general, había convertido a las mujeres en ciudadanas de pleno derecho. Como resultado del esfuerzo constituyente y legislativo de la República, así como del impulso social, los años republicanos sirvieron también para hacer visible la imagen pública de la mujer. La reacción femenina contra el golpe de Estado tuvo múltiples manifestaciones, pero podríamos considerar la aparición de las milicianas como el epítome de todas ellas: la voluntaria que libremente expone su vida y subvierte los roles tradicionales de su género en defensa de un ideal.

Lo novedoso de la aparición de las milicianas fue el sentido colectivo de su movilización, su número —que algunos historiadores valoran en torno al millar las que tuvieron participación en combate, cifra que se nos antoja corta—, su militancia activa que, a diferencia de la mayoría de los casos de épocas pasadas no se vio reducida a una actuación desesperada, de último recurso ante una adversidad, véase el caso de Agustina de Aragón o María Pita. Las milicianas adoptaron un rol en la lucha sin distinción del de sus compañeros masculinos, pese a que en algunos casos se encargasen también de tareas entonces *propias de su género*, como la limpieza, la cocina o la costura. Eso no implicaba la renuncia al combate y no fue un hecho generalizado. Es la “doble carga” a la que se refiere la historiadora Lisa Lines.

En las ciudades y en los frentes las milicianas combatieron en las mismas condiciones que sus camaradas masculinos, sufriendo las mismas privaciones y con el mismo rendimiento en combate. Es importante incidir sobre esto, ya que se asiste continuamente a una minusvaloración de su papel, en foros y conferencias de todo tipo, entre aficionados a la historia y, lo que resulta más grave, entre historiadores profesionales. Resulta un reflejo evidente de la mentalidad machista aún imperante la frecuencia con que la publicación en las redes sociales de fotografías de milicianas en el frente suscita comentarios que resaltan la condición propagandística de las

imágenes, el mal empleo de las armas y el equipo por parte de sus usuarias, la mala condición física de las mismas, la vestimenta estropeada... Esas consideraciones rara vez se hacen sobre los hombres de las milicias, pese a que en muchos casos presentan el mismo tipo de actitudes. Las fotografías de los primeros días de la guerra nos muestran principalmente a voluntarios en armas de condición totalmente civil. Independientemente de su sexo, la mayor parte de ellos empuñaban un fusil por vez primera y acudían a la lucha con vestimenta y equipo improvisado. Cuando las mujeres recibían un entrenamiento apropiado, podían combatir tan bien como cualquiera. De esto tenemos múltiples ejemplos. El más brillante es, sin duda, el de Encarnación Hernández Luna. En sus memorias de guerra, el asesor soviético Rodimtsev elogia en varias ocasiones el talento para la lucha de la joven en todas sus facetas: su visión táctica, sus dotes de mando, su capacidad para aprovechar el terreno y emplazar sus ametralladoras allí donde podían ser claves... (RODIMTSEV, 1981: 274-276).

Un comentario especialmente recurrente es el elogio del físico de las milicianas. Es cierto que buena parte de las imágenes que nos han llegado están tamizadas por la óptica triunfal de la propaganda de aquellos tiempos. Los fotógrafos buscaban modelos bellos, heroicos, para resaltar las cualidades de la lucha popular. Pero, nuevamente, nos encontramos con la asimetría: prácticamente nunca esos comentarios van dirigidos a los milicianos varones. Dejando aparte la representación iconográfica, sabemos que el rendimiento de las mujeres fue el mismo que el de los varones, incluso podríamos especular con que en muchos casos fue incluso superior, dadas las abundantes menciones de hechos heroicos protagonizados por mujeres en la prensa y las fuentes en relación a su número. Es notable también la gran proporción de mujeres que fueron ascendidas a oficiales o suboficiales en las milicias por sus méritos en combate. La explicación a esto es multicausal.

Las mujeres que luchaban eran conscientes de la relevancia simbólica de sus actos, y del foco que se colocaba sobre ellas por parte de los medios de comunicación. Se veían en la obligación de exponerse más que sus compañeros masculinos para demostrar que estaban por encima de los tópicos arraigados en la sociedad española de la época sobre la superioridad del hombre sobre la mujer. Pensamos también que las mujeres que decidían presentarse voluntarias en las milicias habían pasado por una criba más estricta que los hombres, tanto moral, a la hora de vencer los prejuicios y la presión social; como física, al enfrentarse con responsables de columna anclados en la visión tradicional de los roles de género (NASH, 1999: 163-164). También contribuiría a su arrojo en combate la consciencia de las consecuencias de la derrota y la captura. Conocemos varios casos de mujeres que, al ser apresadas por el enemigo, eran fusiladas de manera aún más expeditiva que los hombres (PALOMINO y PRESTON, 2001: 199), o eran sometidas a actos de violencia sexual inexistentes en el caso de los prisioneros varones (PRESTON, 2013: 449-450). La plena consciencia de las consecuencias de la captura se hizo patente en el caso de Lina Odena, que se suicidó disparándose en la sien al verse rodeada de falangistas. La historia fue ampliamente difundida en la prensa, y Odena se convirtió en una heroína popular durante la guerra.

El tópico de que las mujeres eran por naturaleza inferiores en el combate a los hombres es una construcción cultural fruto del machismo imperante. No se sostiene. Dejando de lado cuestiones como el valor y aludiendo solo a la fortaleza física, aun cuando aceptásemos los estereotipos, habría que ponderar hasta qué punto ese es un factor relevante en la guerra moderna. Cuando una miliciana —y después soldado del Ejército Popular— fue preguntada al respecto por la periodista Ingrid Strobl, la respuesta fue la siguiente:

“Y además —insiste— lo que yo aprendí en el frente es que las mujeres son más valientes que los hombres, más resistentes, aguantan más, incluso el dolor físico”. A la pregunta sobre la tan

extendida opinión de que no estamos hechas para luchar, sino para realizar tareas sociales, responde Fifi de forma muy clara y breve: “Es una idiotez. No tengo nada más que decir”. Punto (STROBL, 2015: 82).

3. LAS MUJERES, ¿EXPULSADAS DE LAS TAREAS DE COMBATE?

Sobre el tópico de la expulsión de las mujeres de los roles de combate la mayoría de historiadores lo ven como una consecuencia de la militarización de las milicias. Con la situación revolucionaria siguiente al golpe en la zona republicana, el gobierno se decidió a licenciar a los soldados de las unidades que estuvieran implicadas en la sublevación. De esta forma, las fuerzas armadas de la República se apoyaron desde sus inicios en las milicias armadas organizadas por sindicatos y partidos como fuerza de combate. Ese sistema miliciano, que aparentemente había dado resultados en los primeros momentos de la guerra, comenzó a entrar en colapso con la campaña del Ejército de África en su marcha hacia Madrid, que derrotaba sistemáticamente en su avance a las inexpertas unidades milicianas. Las tesis del Partido Comunista, el gran valedor de la disciplina a través de su Quinto Regimiento, se fueron imponiendo.

El gobierno de Largo Caballero dio los pasos necesarios para la conformación del nuevo ejército regular de la República. Sucesivos órdenes y decretos comenzaban a darle forma: el 11 de septiembre de 1936 se creaba la división a gran escala de las fuerzas republicanas a través de cuatro Teatros de Operaciones, y el 30 se publicó el decreto de militarización de las milicias. El 18 de octubre se creaban las seis primeras brigadas mixtas, base orgánica del Ejército Popular. El nuevo ejército iba a ser apolítico dentro del antifascismo, con un mando militar apoyado o complementado por un comisariado de guerra encargado de las cuestiones morales y políticas, articulado sobre las antiguas milicias pero organizado en base a unas plantillas tradicionales, y nutrido a través de una política convencional de reclutamiento (masculino) a través de la movilización de las sucesivas quintas.

Si las bases para la conformación del nuevo Ejército Popular de la República comenzaron sobre el papel en otoño de 1936, ante la amenaza del Ejército de África, su asentamiento definitivo en la mayoría de teatros de operaciones no es anterior a la primavera de 1937. A lo largo de esos meses, se fueron transformando las primitivas columnas en brigadas mixtas, y agrupándose éstas en divisiones. Las levas movilizadas sirvieron para la creación de nuevas unidades, siempre de acuerdo a las plantillas instauradas. Esa transición irradió, empujada por las circunstancias, de la zona centro, y, especialmente, de la Defensa de Madrid en noviembre de 1936.

De forma simultánea a ese proceso, se iba produciendo un cambio de actitud de partidos y sindicatos en cuanto a la presencia de las mujeres en las unidades de primera línea. De la heroización inicial, se fue pasando gradualmente al rechazo (LINES, 2015: 102 y ss.)⁵. Las mujeres eran admisibles en las fuerzas armadas sólo mientras no se apartaran de sus roles tradicionales de género (labores administrativas o logísticas, de cocina, costura, enfermería, etcétera). Si bien la tónica general fue la de preconizar ese “retorno a la normalidad”, las actitudes variaban en función de cada partido: el PSOE nunca apoyó la incorporación de las mujeres a las milicias y, a partir de la militarización, su discurso se fue haciendo cada vez más agrio. La actitud del PCE y la JSU sobre el asunto es muestra de la complejidad de las posiciones del partido y puede resultar sorprendente. Mientras que desde el anarquismo se acusaba sistemáticamente

5 El análisis cualitativo que hace la historiadora del discurso de los diferentes partidos y sindicatos nos parece sumamente interesante. En cuanto al cuantitativo, parcialmente basado en las imágenes de mujeres combatientes publicadas por la prensa afecta a dichas organizaciones, no tiene en cuenta factores técnicos como las dificultades crecientes de las imprentas de zona republicana para conseguir papel y reproducir fotografías. En consecuencia, creemos que le resta validez a las conclusiones que se derivan de ello.

a las organizaciones comunistas de contrarrevolucionarias, éstas mantuvieron una actitud sumamente moderada en cuanto al retorno de las mujeres a la retaguardia. Por una parte, la apoyaban y publicitaban, pero por otra no censuraba a aquellas mujeres que permanecían en el frente. Lo que es más, la prensa editada por los comunistas mantuvo el tono de elogio a las mujeres que luchaban tras el proceso de militarización.

Contrariamente a lo que dictan los tópicos, los órganos anarquistas de expresión fueron mucho más militantes en su posición de devolver a la mujer a retaguardia, llegando incluso en ocasiones a denigrar en su discurso a las milicianas de la primera hora. En el minoritario POUM el cambio de actitud fue más sutil, menos radical, más tolerante e inclusivo. Sus milicias llegaron a mantener una pequeña unidad femenina de instrucción en Barcelona. La ilegalización del partido tras los hechos de mayo de 1937 nos impide saber qué derroteros hubiese tomado su discurso en estadios posteriores del conflicto. No conocemos casos de milicianas pertenecientes a los partidos republicanos burgueses de izquierda que llegasen al Ejército Popular. Aunque esto no significa que no existieran, es expresivo de la actitud de esos partidos, más moderados, sobre el asunto.

En cuanto a los argumentos para el apartamiento de las mujeres del frente, hoy en día se nos antojan sumamente machistas y poco racionales, anclados en un conservadurismo social del que ni siquiera las organizaciones de izquierda podían escapar. Uno de los ejes de los discursos más militantes en contra de la presencia de la mujer en el frente era la identificación de la antes venerada miliciana con una vulgar prostituta. Se responsabilizaba a las mujeres de la proliferación de enfermedades venéreas en el frente, de las distracciones de los varones, del abandono de sus tareas tradicionales... Por supuesto, los discursos oficiales de partidos y sindicatos no eran necesariamente asumidos de forma acrítica por su militancia ni por el público en general, sobre todo el sensibilizado con un discurso feminista, aunque su calado fue haciéndose mayoritario.

Sobre la supuesta orden de retirada de las mujeres de la primera línea se ha creado un debate que consideramos, hasta cierto punto, artificioso⁶. No hay evidencia primaria de tal orden (o no se ha encontrado), y hay numerosos casos de mujeres, como comentaremos después, cuya presencia se atestigua en el frente tras la militarización de las milicias. Por lo tanto, pensamos que lo responsable desde un punto de vista historiográfico no es hablar de *orden de retirada*, sino de *tendencia hacia* la misma. A esto habría que sumar la presión social resultante del cambio de actitud antes mencionado, que empujaría a algunas combatientes a abandonar la primera línea gradualmente, por su propia voluntad, a medida que dicho cambio se iba haciendo más palpable.

La creación del Ejército Popular de la República se sancionó, como no podía ser de otra manera, a través de la publicación de un decreto en la *Gaceta de Madrid*. La serie de aquellos días se conserva completa y no se ha encontrado en la misma referencia a la prohibición hacia las mujeres de ocupar puestos de combate. Especialmente clara es la ausencia de toda mención hacia el asunto en el decreto del 30 de septiembre⁷. Dicho decreto es lo suficientemente específico como para darnos a entender que aquello que no se explicitaba no tenía cabida en su aplicación práctica. Es sorprendente la tendencia por parte de la mayoría de los

6 Lisa Lines ofrece también un buen estado de la cuestión sobre dicho debate historiográfico. Sin embargo, el desconocimiento de la estructura de poder en el ejército y el gobierno republicanos, la hacen enredarse a partir de un determinado punto. A través del testimonio de la miliciana Concha Pérez Collado se plantea si la responsabilidad de la supuesta orden emanaba de Largo Caballero o bien del líder anarquista Enrique Ortiz. Ortiz no era más que el cabecilla de la columna Sur-Ebro —posteriormente 25ª División—, a la que Pérez Collado pertenecía, mientras que Largo Caballero era el presidente del gobierno. Evidentemente, Ortiz no podía dar una orden general a la totalidad del Ejército Popular.

7 *Gaceta de Madrid*, nº 274, 30/9/1936, p. 2068.

historiadores a aseverar que la proscripción de la mujer en tareas de combate en el Ejército Popular emana de ese decreto sin detenerse siquiera a contrastarlo⁸. En el caso de una de las obras clásicas sobre la participación femenina en la guerra, *Rojas*, de Mary Nash (1999: 166), se llega a citar como fuente del supuesto decreto gubernamental una historia oral del conflicto, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*⁹

Mientras los historiadores se perdían en debates sin sustento documental, una humilde miliciana, Rosario Sánchez Mora, *Dinamitera*, manifestó taxativamente en varias entrevistas que la dichosa orden nunca existió (STROBL, 2015: 46-47; CARABIAS, 2001: 32). Hasta que la evidencia primaria no aparezca, nos decantamos por la versión clara y sencilla de la *Dinamitera*. Al menos, desconfiamos de que una orden de tipo general afectase a toda la estructura del Ejército Popular. Tal orden hubiese seguido los cauces legales y habría dejado rastro en los archivos. Nos inclinamos a pensar que la *tendencia* a expulsar a las mujeres del frente se tradujo unas veces en presiones, otras veces en órdenes verbales concretas del mando, pero siempre a una escala media, nunca superior a brigada o división. La tendencia afectó solo a algunas unidades militares. Eso explicaría por qué en algunas brigadas mixtas encontramos que las mujeres continuaron en sus puestos con naturalidad, mientras que en otras no quedó rastro de ellas¹⁰. El hallazgo de la confirmación en el cargo de capitana a Encarnación Luna en el *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* republicano¹¹ en fechas de la batalla del Ebro es en sí mismo una confirmación de que las más altas autoridades de la administración militar republicana admitían la presencia femenina en unidades combatientes.

No parece que existiese tampoco una decisión a nivel político por parte de cada partido u organización obrera, pues entre las combatientes que continuaron en el Ejército Popular tras la militarización hubo ideologías de todo tipo. A través de testimonios orales conocemos detalles de algunos líderes políticos o militares que acudieron a ciertas unidades con presencia femenina para imponer el retorno a la retaguardia. Es elocuente que en la mayoría de los casos se elude hablar de órdenes o imposiciones. Los líderes acudían al frente a *informar* de la nueva política, a *explicarla* a las combatientes. Es también una extraña muestra de tacto que en muchos casos se recurrió a mujeres para actuar de interlocutoras con las milicianas, como Dolores Ibárruri o Trinidad Revolto, militante de la JSU (LINES, 2012: 139).

En muchos de los testimonios sobre casos concretos de mujeres que permanecieron el Ejército Popular se puede observar una constante en el enfoque: la pervivencia no se aborda con sorpresa. Esto resulta muy expresivo: nos da a entender que la presencia de mujeres se encaraba con cierta normalidad, aún dentro de su escasez numérica. Por ejemplo, Líster no incide en la condición femenina de las mujeres que destaca como combatientes en su división. Aparecen en las enumeraciones que hace de muertos, heridos o personas que han tenido un comportamiento heroico en un determinado combate, mezcladas con varones sin recurrir a ningún tipo de énfasis por su género. Algunas mujeres ni siquiera fueron conscientes de la política tácita de retirada de la mujer del frente (STROBL, 2015: 82; ETCHEBÉHÈRE: 415).

8 Hay innumerables ejemplos. Por citar algunos casos que han tratado cuestiones de género: SCANLON (1976), SERVÁN y TRINIDAD (1991), FOLGUERA (1997), CARABIAS (2001), LÓPEZ (2016).

9 En su descargo hay que decir que en *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War* (NASH, 1995) afirma no haber encontrado evidencia documental que lo sustente. Si bien esta obra es anterior en cuanto a su edición, no lo es en cuanto a su creación, pues *Rojas* es básicamente una elaboración en castellano en base a su Tesis Doctoral, de 1977.

10 Eso explicaría las afirmaciones de Concha Pérez Collado sobre su superior Ortiz. Ver nota 6.

11 *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*, 11/8/1938.

4. LAS MUJERES EN EL EJÉRCITO POPULAR

Como vimos más arriba, la militarización de las milicias fue un proceso gradual, por lo que no es posible establecer una fecha general a partir de la que las milicianas que permanecieron en filas se convirtieron en mujeres soldado. En líneas generales, el proceso tuvo lugar entre el otoño de 1936 y la primavera de 1937. Entre las 6 primeras brigadas mixtas que se crearon el 18 de octubre se encontraban fuerzas del Quinto Regimiento que fueron agrupadas bajo el mando de Enrique Líster en la 1ª brigada mixta. Sabemos que entre sus fuerzas había mujeres. Serían, por lo tanto, las primeras soldados del Ejército Popular de la República. Su primera acción de combate fue la batalla de Seseña, el 30 de octubre, como comentábamos al principio. Conocemos el nombre de una combatiente que se distinguió durante la lucha, Esperanza Rodríguez Gómez (ÁLVAREZ, 1989: 71), aunque con seguridad hubo más. Por aquellas mismas fechas aún se llamaba a la movilización femenina para puestos de combate. En el diario *Milicia Popular*, del Quinto Regimiento, aparecía un cartel en el que una joven dinamitera animaba a las mujeres a alistarse en los batallones de choque para la defensa de Madrid¹².

Aunque no podemos aportar estadísticas sólidas, es evidente que el número de mujeres que pervivieron en los frentes tras la militarización se redujo considerablemente. Sin embargo, no supuso una cesura con lo que venía ocurriendo desde los meses anteriores, sino más bien una acentuación de un fenómeno que venía ocurriendo desde los primeros días de la guerra. A las mujeres expulsadas de sus unidades en el período de la militarización y a aquellas que se inhibieron voluntariamente de participar en la lucha por el cambio de actitud de sus organizaciones políticas habría que sumar otras bajas. Los casos de enfermedad y también una circunstancia que afecta exclusivamente a las mujeres: los embarazos y abortos, de los que tenemos testimonios (LINES, 2012: 78, 141). Las lógicas bajas producidas por el combate: muertas, heridas, prisioneras. El arrojo del que sabemos que hicieron gala muchas de ellas suponemos que se cobraría una alta tasa de bajas, de forma similar a lo que ocurría con los alféreces provisionales en las unidades de choque del ejército franquista, que se exponían continuamente para demostrar sus cualidades ante sus hombres. También hay que contar con que, a diferencia de lo que ocurría con los varones, no existió prácticamente reposición de sus bajas. El flujo de voluntarios, independientemente de su sexo, disminuyó radicalmente tras los primeros compases de la guerra, pero las mujeres se enfrentaban a una dificultad añadida. La aceptación de la continuidad de algunas milicianas en sus unidades tras la militarización no implicaba que se accediese a nuevos ingresos, que pensamos serían excepcionales. La última mujer incorporada a un puesto de combate de quien tenemos noticia fue una tal Cristina, a finales de enero de 1937¹³. Si bien el decreto de militarización no prohibía expresamente la presencia femenina en las filas, en su artículo tercero regulaba que la edad mínima para el acceso se establecía en los veinte años, lo que, teniendo en cuenta los numerosos casos de milicianas adolescentes que se conocen, afectaría forzosamente a muchas mujeres.

Encontramos otros factores, además del numérico, para la invisibilización de la presencia femenina en el Ejército Popular. Los casos de mujeres soldado que aparecieron en la prensa no fueron habituales. Con la militarización se acentuó la tendencia a la ocultación en los medios de las combatientes que se había originado ya en la fase miliciana, como hemos comentado. Ya no existía esa exhibición propagandística de la mujer en armas de los primeros días. El gobierno republicano y los mandos militares que habían admitido la presencia femenina en sus unidades no hacían gala de ello. Más bien se deduce cierta inclinación a ocultarlo. Parece que las autoridades se mostraban cicateras a la hora de los ascensos cuando quien los merecía era

¹² *Milicia Popular*, 31/10/1936.

¹³ *Ahora*, 28/1/1937. Citado en LINES (2012: 143).

mujer: “este cargo normalmente era desempeñado por un oficial del rango de sargento. Yo me sentía honrada por la confianza que se me había demostrado nombrándome jefa de correos, pero no hubiese tenido nada en contra de un ascenso militar que nunca se me dio”¹⁴. También conocemos casos en los que hubo que recurrir a triquiñuelas para que las soldados cobrasen la paga que la administración militar les escamoteaba (ALMISAS, 2017: 99; MEJÍAS, 2006: 91). Teniendo en cuenta todas las dificultades a las que se enfrentaron, la mera permanencia de las mujeres en las filas del Ejército Popular puede considerarse algo meritorio, casi heroico.

Sabemos que las combatientes en el Ejército Popular fueron pocas, pero ¿cuál fue su rendimiento? ¿Jugaron algún papel relevante en las operaciones? Disponemos de pocos datos para poder responder satisfactoriamente a estas preguntas, pero mencionaremos un caso concreto que puede ayudar a que nos formemos una idea. Durante la batalla de Brunete (julio de 1937) tenemos constancia de que hubo mujeres tanto en el Ejército de Maniobra que llevó el peso principal de la operación como en el Cuerpo de Ejército de Vallecas, que atacaba por el suroeste (CASAS, 1976: 103). En los primeros compases de la batalla, las ametralladoras de Encarnación Luna fueron claves para frenar las infiltraciones franquistas en el centro de la bolsa formada por la ofensiva republicana (RODIMITSEV, 1981: 274-276). La batalla se desarrolló en unas condiciones atroces (calor extremo, sed, bombardeos continuos durante el día y la noche) que terminaron por minar la voluntad de resistencia republicana. La lucha pudo haber terminado en un desplome total tras la recaptura de Brunete de no ser por algunos combatientes de las divisiones 11ª y 14ª que cubrieron la retirada. Tenemos constancia de que en ambas unidades había mujeres luchando en aquellas fechas. El combate más brutal de esas últimas jornadas de la batalla fue la disputa por el cementerio de Brunete, al norte de la población. Allí, junto a los cientos de soldados republicanos que soportaban algunos de los ataques de aviación más intensos hasta aquel momento de la guerra, un puñado de mujeres se aferraba a sus posiciones de combate. Siguieron luchando hasta caer prisioneras. Aún en manos de sus captores demostraban coraje y entereza: “entre los prisioneros se han cogido a 5 milicianas, muy envalentonadas”, como narraba en su diario un coronel franquista¹⁵.

Como humilde contribución a la visibilización de estas luchadoras listaremos los casos de los que conocemos datos, reivindicando frente al olvido sus nombres propios, o sus apodos, en caso de desconocer sus nombres. El listado no pretende ser exhaustivo, habida cuenta de la dispersión de las menciones a estas mujeres en las fuentes. Nos hemos ceñido a aquellas soldados de las que sabemos que tuvieron un rol de combate en el frente tras su militarización. Seguramente en ese sentido tampoco se trate de una muestra representativa, pues solo nos han llegado noticias de casos excepcionales, que la prensa o los testimonios de los supervivientes juzgaron relevantes por unas u otras causas. Hemos hecho una excepción con el caso de Carmen Fernández, que aunque quedó mutilada en la época miliciana y apartada del frente desde entonces, parece que el Ejército Popular le reconoció el cargo y le mantuvo en el escalafón. Hemos incluido también algunos casos documentados en el Frente Norte, aunque la militarización en esa zona aislada tuvo una serie de particularidades que la distancian de lo que ocurrió en el resto del territorio republicano y merecería un tratamiento individualizado¹⁶. Aparte de aquellas de quienes conocemos su nombre, existen otras que son simplemente mencionadas, anónimamente, como la sargento de la 1ª brigada mixta que murió en un escape de gas durante un permiso (ÁLVAREZ, 1989: 71, 195), o la soldado de Transmisiones del Cuartel General del XXI Cuerpo de Ejército ya en verano de 1937 (ALPERT, 2007: 451). También disponemos

14 Rosario Sánchez Mora, en entrevista con STROBL (2015: 107).

15 *Diario de Operaciones del Coronel Coco Rodríguez*, AGMAV, 129/10.

16 Es de gran interés el trabajo de Sacha Balchada sobre las mujeres combatientes en el caso vasco, en <<https://elgajedeloficio.wordpress.com/2017/03/10/muerte-de-una-miliciana/>> [Visto: 6-12-2018].

de testimonios fotográficos. Esas “soldados sin nombre” pudieran asimilarse con aquellas de quienes sí lo conocemos, lo que imposibilita la elaboración de una estadística cuantitativa fiable. Entre unas y otras, descartando posibles duplicaciones, hablaríamos de más de cuarenta mujeres combatientes documentadas —por el momento— en el Ejército Popular.

Tabla 1. Mujeres documentadas en el Ejército Popular.

Nombre	Unidad del EPR	Unidad de origen	Graduación máxima	Cuerpo	Militancia
Anita Carrillo Domínguez	52ª brigada mixta / ¿Guerrilla?	Batallón México	Delegada de compañía/ Capitán	Infantería (ametralladoras), ¿Guerrilleros?	PCE/JSU
Antonia Escudero	1ª brigada mixta	Batallón La Victoria	?	Infantería	?
Antonia Portero	36º bon. 9ª b.m.	Batallón José Díaz	Delegada de compañía	Comisariado	JSU
Aurora Arnaiz Amigo	?	Columna JSU	Comisaria de brigada	Comisariado	JSU
Carmen Cano Falla	42ª brigada mixta	?	Teniente	Infantería, ¿Guerrilleros?	?
Carmen Fernández	?	Columna Mangada/ Batallón de Acero	Teniente	Infantería	?
Casilda Hernández Vargas/Méndez Hernáez	153ª brigada mixta	Columna Hilario-Zamora/ Ortiz	?	Infantería	CNT/FAI/ JJLL
Cesárea Álvarez	bon. Asturias nº 34	bon. Somoza	?	Infantería	¿PCE/JSU?
“La Chata”	3ª brigada mixta	?	Sargento	Infantería	?
Conchita, de Toledo	?	?	?	?	?
Cristina	39ª brigada mixta	Batallón Cavada	?		¿PCE/JSU?
Dolores	?	?	?	?	?
Elizaveta Parshina, “Josefa Pérez Herrera”	Grupo Sproguis/XIV Cuerpo de Ejército (Guerrillero)	Personal FARE	Intérprete/ guerrillera	Guerrilleros	-
Encarnación Hernández Luna, “Luna”	9ª brigada mixta	Quinto Regimiento	Mayor	Infantería (ametralladoras)	PCE/JSU
Enriqueta Otero Blanco	46ª División	1ª brigada móvil de choque	Mayor	Infantería, Milicianos de la Cultura	JSU/PCE
Esperanza Rodríguez Gómez	4ª Compañía, 4º bon., 1ª b.m.	Milicias Gallegas	Oficial	Infantería	PCE/JSU
Fidela Fernández de Velasco Pérez, “Fifi”	¿10ª brigada mixta?	Quinto Regimiento	?	Infantería, Guerrilleros	PCE

Nombre	Unidad del EPR	Unidad de origen	Graduación máxima	Cuerpo	Militancia
Isabel Berichinaga Garitonandía	? (frente de Euskadi)	?	?	¿Infantería?	?
Juanita	?	Quinto Regimiento	?	?	?
Julia Manzanal, "Chico".	168 bon., 42ª b.m.	Batallón Comuna de Madrid	Comisaria de batallón.	Comisariado	PCE
Magdalena "Lena" Imbert Lizarralde	?	?	?	?	PCE/PSUC
Marciana Pimentel	4ª Compañía, 4º bon., 1ª b.m.	Milicias Gallegas	?	?	?
María Elisa García	3ª cía., bon. Asturias	Compañía Somoza	?	¿Infantería?	PSOE
María Rius	¿116ª brigada mixta?	Columna Hilario-Zamora/Ortiz	?	?	CNT/FAI
¿Marina Ginestà Coloma?	?	?	?	?	JSU
Micaela Etchebéhère (Feldman), "Mika"	38ª brigada mixta/70 b.m./14 Div.	Columna del POUM	Capitán	Infantería	POUM
Paulina Rodríguez	4ª Compañía, 4º bon., 1ª b.m.	Milicias Gallegas	?	?	?
Paulina Mansurova (Abramson)	Grupo Ksanti/XIV Cuerpo de Ejército (Guerrillero)	Batallón Octubre	Intérprete/guerrillera	?	¿JSU?
Pepita Urda	IV Cuerpo de Ejército	¿Batallón Thaelmann?	Capitán	¿Infantería?	CNT/FAI
Pepita Vázquez Núñez	22 brigada mixta	Columna Galán	?	?	?
Petronila Garuelo Méndez	?	?	Sargento	?	CNT/FAI
Pilar Baldique	?/119ª brigada mixta	Columna Durruti	?	?	CNT/FAI
Rosario Sánchez Mora, "Dinamitera"	10ª b.m./46ª Div.	Quinto Regimiento	-	Infantería	PCE/JSU
Teófila Madroñal	1ª brigada móvil/46ª Div	?	Sargento	¿Infantería?	?

Destaca la proporción de mujeres con cargo de oficial, lo que teniendo en cuenta los prejuicios hacia los ascensos que hemos comentado previamente, nos habla de la valía y determinación de estas soldados. En la misma línea, hay que subrayar la preponderancia de mujeres en unidades consideradas de choque (1ª y 9ª brigadas mixtas, de la 11ª División de Líster; 10ª de la 46ª de El Campesino; 3ª, o 52ª brigadas), encargadas de encabezar los asaltos o cumplir misiones en la retaguardia enemiga, como el XIV Cuerpo de Ejército guerrillero. En cuanto a la adscripción política, es apreciable el predominio de las comunistas (PCE, JSU) sobre las

demás opciones políticas. Ya en los años ochenta, cuando la periodista austriaca Ingrid Strobl vino a España a entrevistarse con antiguas milicianas, se sorprendió de la preeminencia comunista, hasta el punto de que le fue imposible encontrar a supervivientes libertarias con las que reunirse, su idea inicial (STROBL, 2015: 20-21).

El PCE de los años de la guerra no actuaba necesariamente desde posiciones feministas (aunque muchas de sus afiliadas lo fueran), pero en la práctica fue la organización política que asumió con más naturalidad la incorporación de algunas mujeres al ejército regular en igualdad de condiciones con los hombres¹⁷. Sabemos que no fue así, pero desde posiciones anarquistas se ha afirmado que, tras la militarización, solamente se permitió permanecer en el frente a las mujeres comunistas (LINES, 2012: 142), lo que nos da una idea del punto al que llegó la identificación del PCE con las mujeres soldado. No se puede perder de vista que el antimilitarismo, rasgo común a todas las corrientes del movimiento obrero español de los años 30, tenía especial arraigo entre los anarcosindicalistas. Esto, independientemente de las posturas oficiales de CNT-FAI, puede contribuir a explicar la marginalidad de las mujeres libertarias en el Ejército Popular republicano.

5. LAS SOLDADOS REPUBLICANAS EN LA HISTORIA

Hasta la fecha no se ha ponderado debidamente la relevancia histórica de las mujeres republicanas que lucharon en el frente tras la militarización. El Ejército Popular de la República no fue el primer ejército regular de la historia en desplegar a mujeres en puestos de combate, pero los precedentes no abundan. El único que podemos considerar con claridad es el de los batallones femeninos rusos que sirvieron al Gobierno Provisional tras la Revolución de Febrero en 1917, durante la Primera Guerra Mundial. De las diversas unidades estrictamente femeninas formadas, solo dos batallones llegaron a combatir en el frente. El más conocido fue el 1^{er} Batallón de la Muerte mandado por Maria Bochkareva, la primera unidad regular de combate exclusivamente femenina de la historia. La historiadora Laurie Stoff afirmó que “nunca antes un gobierno de hombres había organizado a mujeres para el combate activo en un escenario de guerra” (STOFF, 2000: 75 y 81). La tradicional invisibilización de la mujer en la historiografía nos lleva a ser prudentes al hacer ciertas afirmaciones pero, con ciertas reservas, podemos afirmar que la II República fue el segundo gobierno en la historia en emplear a mujeres en combate¹⁸. Además, encontramos una diferencia con el caso ruso: las unidades que integraron a mujeres en el ejército republicano eran mixtas, sin segregación por sexo¹⁹. El ejército republicano jugó también un papel pionero en la incorporación femenina en la lucha antifascista que se generalizaría en Europa con la Segunda Guerra Mundial. Ese papel de la mujer combatiente en el conflicto español y la conflagración mundial como parte del mismo fenómeno ha sido analizado por Ingrid Strobl (especialmente en 2015, 439-476).

El historiador James Matthews, en su obra sobre el reclutamiento obligatorio durante la guerra, enumera una serie de diferencias entre del ejército republicano al ser comparado con el franquista: la introducción del comisariado, las campañas culturales sobre los soldados, el diferente enfoque sobre la disciplina... (2013, 317-327) A la lista habría que añadir, sin duda, la

17 El excelente estudio de Hernández Sánchez sobre el PCE durante la guerra no trata la cuestión de las mujeres en el Ejército Popular, pero son significativos sus pasajes sobre el PCE y la mujer: “El PC pudo justamente blasonar de ser el partido más joven y feminizado de la España republicana” (2010, 223).

18 La Guardia Roja finesa también formó unidades femeninas de combate durante su guerra civil, pero las efímeras fuerzas armadas comunistas no llegaron a superar el estatus miliciano.

19 Existe otra diferencia, si bien circunstancial, en base a la afirmación de Stoff: el gobierno republicano en la época de la militarización no era *un gobierno de hombres*: incluía a una mujer, Federica Montseny, en la cartera de Sanidad.

integración de la mujer. Numéricamente fue testimonial, pero adquiere gran relevancia como hecho diferencial. No hay que olvidar, además, que en nuestro artículo nos hemos centrado en la presencia femenina en los puestos de combate. El Ejército Popular fue mucho más tolerante con las mujeres alistadas en unidades auxiliares, como las voluntarias presentes en Sanidad, Transmisiones o Intendencia. Incluso la presencia de la mujer en esos puestos, más acordes a los roles tradicionales asociados a su género, resulta inconcebible en el ejército de Franco.

El silencio forzoso de los años de la Dictadura y el olvido de la Transición en adelante han eliminado a estas mujeres de la memoria colectiva. Esto ha sido así de tal manera que, tras la reincorporación de la mujer al ejército español en 1988, se ha asistido periódicamente en los medios de comunicación a titulares que nos hablan de “la primera mujer comandante” o “la primera mujer en mandar tropas en el campo de batalla”, refiriéndose a la teniente coronel María Gracia Cañadas; “la primera mujer caída en combate”, Idoia Rodríguez, soldado de Sanidad; o de “la pionera en la incorporación de la mujer a los altos cargos militares en España” Patricia Ortega, coronel de Ingenieros. Como hemos visto, todos estos *records* se asientan sobre una falsedad, en tanto que ignoran a las mujeres del Ejército Popular de la República. Se trata de una invisibilización activa y consciente, no un olvido imputable a la ignorancia, porque conocemos al menos un caso en que el actual Estado Español ha reconocido el fenómeno de forma oficial²⁰.

CONCLUSIONES Y BALANCE

Antes de proceder a cualquier balance relacionado con la historia de las mujeres y la II República en guerra, hay que evidenciar que, aún en el peor de los casos, las actitudes del gobierno y los partidos y sindicatos que lo apoyaban, estaban a años luz de las de sus enemigos. Pese a que a medida que la situación revolucionaria iba remitiendo se retornó a posturas más restrictivas hacia la liberación de las mujeres, éstas siguieron contando con cotas de igualdad y libertad inimaginables en la zona franquista. La guerra dinamizó las medidas modernizadoras de la República, y las mujeres se incorporaron masivamente a puestos secularmente vedados para ellas, como la industria o las tareas agrícolas. La más espectacular de esas transgresiones de los roles tradicionales fue el alistamiento en las milicias.

Se ha afirmado que el fenómeno de las milicianas fue cortado de raíz con la militarización y la creación del Ejército Popular de la República. Como hemos tenido oportunidad de ver, esto no es cierto. No existió —o no hay pruebas que lo acrediten— ninguna orden central para acabar con la presencia femenina en los frentes. Se trató de un proceso mucho más complejo, que aunó un cambio en las mentalidades de los dirigentes políticos con las decisiones concretas de algunos jefes militares. El testimonio más elocuente de la inexistencia de dicha orden lo ofrecen las mujeres que permanecieron en línea tras la militarización. Fueron pocas pero su mera existencia las convierte en sujetos relevantes. La presencia femenina en los frentes en la época miliciana nunca fue masiva. Muchos factores (las bajas, el creciente rechazo, algunas órdenes concretas) la redujeron gradualmente. Cualquier labor cuantitativa parece abocada a la imprecisión. Probablemente nunca podamos acotar una cifra de mujeres soldado en el Ejército Popular:

Algunas [milicianas] consiguieron permanecer en sus unidades. Lucharon hasta el final, hasta caer heridas, en prisión o muertas. Es difícil hablar de una cifra exacta. Clara Thalmann estima que las mujeres representaban un dos por ciento de las milicias, pero nadie contó cuántas de ellas se quedaron en el ejército (STROBL, 2015: 69).

²⁰ El caso de la comisaria Julia Manzanal, cuya solicitud de pensión como combatiente fue oficialmente aceptada en el mes de abril de 1988 (STROBL, 2015: 91).

El período entre el otoño de 1936 y la primavera de 1937 fue decisivo para su descenso numérico, pero, superado éste, intuimos una presencia sostenida de las mujeres que permanecieron en primera línea. De esta forma, el gobierno republicano fue pionero en la integración de las mujeres en un ejército regular en Europa Occidental. Su actitud fue, sin embargo, muy ambigua. Optó por tratar el asunto con tal discreción que hoy en día los investigadores se enfrentan a una opresiva carestía de fuentes documentales de archivo sobre el tema. Las autoridades toleraron la presencia femenina en los frentes si así lo permitían los jefes militares de las brigadas y Divisiones, pero no alentaron el voluntariado de las mujeres y ampararon la retirada de muchas soldados a retaguardia cuando así se decidió.

Ponderar las consecuencias que hubiese tenido una posición diferente es entrar en el terreno de la historia contrafactual, pero no deja de ser sugestivo. En los últimos compases de la guerra, el Ejército Popular se enfrentó a dos problemas que una postura diferente con respecto al voluntariado femenino hubiese podido paliar. En primer lugar, la desmoralización generalizada, especialmente tras la caída de Cataluña. Las organizaciones obreras poseían aún una cantera de mujeres muy motivadas, por adversas que fuesen las circunstancias, que hubiesen podido dar un nuevo empujón a los ánimos de los combatientes. Recordemos el caso de Enriqueta Otero en Madrid durante el Golpe de Casado: “Yo luché ocho días en la calle; si llego a tener todas las calles que conquisté en esos ocho días era rica; *e resulta que non teño un can, non teño unha cadela*”²¹.

En segundo lugar, el gobierno tuvo que movilizar hasta a 28 quintas, frente a las 15 de sus enemigos. Al final de la guerra la República había movilizado a los varones de entre diecisiete y cuarenta y cinco años (MATTHEWS, 2013: 27, 74). La movilización, general o parcial, de la mujer hubiese reducido esa gama, y hubiese aportado muchas soldados con aptitudes a la lucha²².

También resulta sugerente especular con los cambios sociales que la incorporación femenina al ejército hubiese traído aparejada en el caso de una victoria republicana. El franquismo supuso una reversión de todos los logros en materia de igualdad entre mujeres y hombres. Sus consecuencias sociológicas continúan lastrando la mentalidad de generaciones de españoles. Sólo alcanzamos a imaginar superficialmente lo que habría supuesto un escenario alternativo, con las mujeres incorporadas a las fuerzas armadas desde 1936 —¡más de cinco décadas antes de su reincorporación de hecho!—.

Para terminar con una muestra del incombustible espíritu reivindicativo de las soldados del Ejército Popular, recogemos una vez más el testimonio de Rosario Sánchez Mora. *La Dinamitera*, tras haber luchado contra los prejuicios de propios y extraños y haber soportado la represión y el silencio impuestos por la dictadura franquista, tenía aún el ánimo de emprender la autocrítica y ofrecer una advertencia para el futuro:

Tenemos que aprender de la experiencia, las mujeres tenemos que aprender a no volver a estar en el ejército sin condiciones regulares. No solo tenemos que luchar para tener el derecho a tener responsabilidades iguales a las de los hombres, sino también para recibir el mismo reconocimiento (STROBL, 2015: 109).

21 Extracto de la entrevista a Enriqueta Otero realizada por la cadena COPE Lugo en 1987, citada en <<http://moreabaleira.blogspot.com.es/2013/04/entrevista-enriqueta-otero-na-cope-no.html>> [Visto: 6-12-2018]

22 En este sentido se pronuncia el historiador ALMISAS ALBÉNDIZ (2017): “el fascismo venció porque, entre otras cosas, se desaprovechó el torrente de entusiasmo revolucionario que derrochaban las mujeres y se las relegó a la retaguardia”. En cualquier caso, una hipotética movilización general femenina hubiese tenido efectos inmediatos bastante limitados. Hoy sabemos que la clave principal para la derrota de la República no estuvo en la falta de capital humano, sino, sobre todo, en el vector exterior, en la ayuda de las potencias fascistas a Franco y en la inhibición de las democracias occidentales en auxiliar al gobierno legítimo. Y, sea como fuere, el desenlace del Golpe de Casado hubiese abocado a la República a un final similar al que sufrió.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMSON, P., y ABRAMSON, A. (1994). *Mosaico roto*. Madrid: Compañía Literaria.
- ALMISAS ALBÉNDIZ, M. (2017). *Anita Carrillo, capitana republicana de La Línea*. El Puerto de Santa María: El Boletín.
- ALPERT, M. (2007). *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*. Barcelona: Crítica.
- ÁLVAREZ, S. (1989). *Las milicias populares gallegas: un símbolo de la Galicia antifrancquista*. Sada: Do Castro.
- CARABIAS ÁLVARO, M. (2001). *Rosario Sánchez Mora (1919)*. Madrid: Ediciones del Orto.
- CASAS DE LA VEGA, R. (1976). *Brunete*. Barcelona: Luis de Caralt.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2016). *Volver a las trincheras. Una arqueología de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, F. (2010). *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*. Barcelona: Crítica.
- LINES, L. M. (2012). *Milicianas: Women in Combat in the Spanish Civil War*. Plymouth: Lexington Books.
- MATTHEWS, J. (2013). *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil (1936-1939)*. Madrid: Alianza.
- MEJÍAS CORREA, M. L. (2006). *Así fue pasando el tiempo. Memorias de una miliciana extremeña. Edición de M. Pulido Mendoza*. Sevilla: Renacimiento.
- NASH, M. (1995). *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*. Denver: Arden Press.
- NASH, M. (1999). *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus.
- PALOMINO, A. y PRESTON, P. (2001). *Francisco Franco*. Barcelona: Ediciones B.
- PARSHINA, E. (2002). *La brigadista. Diario de una dinamitera de la guerra civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- PRESTON, P. (2013). *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Barcelona: Debolsillo.
- RODIMTSEV, A. (1981). *Bajo el cielo de España*. Moscú: Progreso.
- SANTAMARINA OTAOLA, J.; HERRERO ACOSTA, X.; RODRÍGUEZ SIMÓN, P. y SEÑORÁN MARTÍN, J. M. (2018) [en prensa]: "Grafitis de guerra. Un estudio arqueológico de los fortines republicanos de Keturra (Araba/Álava)" en *Ebre* 38, 8.
- STOFF, L. (2000). "They Fought for Russia: Female Soldiers of the First World War", G. J. De Groot (ed.) *A Soldier and a Woman: Sexual Integration in the Military*. Londres: Pearson Education, pp. 66-82.
- STROBL, I. (2015). *La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, Barcelona: Virus.
- VIÑAS, A. y BLANCO, J. A. (eds.) (2017). *La guerra civil española. Una visión bibliográfica*. Madrid: Marcial Pons.